

andaluz, recuerde, azotado el rostro por las arenas encendidas que levantan las bocanadas ardientes del Simoun, recuerde cómo tuvo su edén hermosísimo con aromadas colinas, con frescas y corrientes aguas, con cármenes floridos, con palacios fantásticos y fantaseados, con grutas de áureas estalactitas, y pregunte por qué y por quién lo ha perdido, quizás maldiga diariamente á Zoraya, como maldicen los romances castellanos y las tradiciones históricas nuestras á la sensual joven, que destruyendo en sus brazos el vigor del último rey godo, nos entregó debilitados y enflaquecidos, al musulmico poder, con cuyas fuerzas pugnamos durante siete siglos. En verdad, Zoraya interponiéndose con su amor en el reinado de Hacem, que parecía venido á restaurar la pujanza nazarita, quitóle todo el favor de la verdadera nobleza ó aristocracia histórica, y lo enflaqueció en términos, con darle cristianas apariencias, sin por eso prosperar y servir su autoridad propia y su fe religiosa, que los musulimes le destronaron, y al destronarle, perdieron á un tiempo su fuerza mayor de soberano empuje y su fuerza mayor de tenaz y porfiada resistencia. Pero ¿qué decir de aquella otra mujer, de Aixá, la cual se creía en su orgullo como un general para los ejércitos, como un maestro para los faquíes, como un emperador para el Estado, como una guía de todos y para todos? En tal extraña situación, aquella mujer, apasionada, como madre, de su hijo, tomábalo por enseña y pabellón de todos

sus propósitos é intentos, cuando, imprevisor en sus juicios, por naturaleza verdaderamente ciego, de alma sensual hasta la voluptuosidad y la molice, valeroso pero sin tenacidad, arriesgado pero con mesura, indiferente á la misma diadema que sobre sus sienes llevaba, gran amador, gran esposo, hijo fiel de aquella madre imperiosísima, sin propia natural inteligencia, sin ascendiente verdadero y seguro sobre los demás; triste y angustiosa figura de irremediable decadencia, significaba tan sólo el término y conclusión de la hermosísima Granada. Y aquellas dos mujeres, cuando los abismos todos á los piés de su Alhambra se abrían, y los huracanes bramaban por las altas cimas, derribando uno á uno todos los fuertes, á cuyo amparo se fiaba el imperio, combatían entre sí á muerte y se despedazaban, tomando una el alfanje de Hacem y la otra el alfanje de Boabdil ó sus respectivos cetros, para esgrimírselos en tan gigantesco y colosal combate, sin consideración alguna, en sus violencias, ni á los sentimientos naturales de familia, ni á los intereses políticos de su Estado y patria. La pugna entre aquellas dos mujeres, pugna increíble, significaba la próxima, y ya irremediable rota de Granada en sus postrimerías.

Mas otra escena la indicaba mejor aún. Boabdil, padre, como suelen los árabes en la florida juventud; con primogénito, ya gallardo y apuesto, siquier mozo y casi niño, habíase visto precisado á entregarlo en prenda valiosa del cumplimiento de su



palabra, y se despedía de tal pedazo de sus entrañas en la hora nefasta de recobrar su libertad y de volver al mermado y casi disuelto reino granadino. Intensísimas penas le costó la posesión y disfrute de un trono destrozado en mil pedazos; pero ninguna tan amarga como la que consistía y estribaba en la obligación de coger al primer hijo de su amor y entregarlo, contra su voluntad, al implacable y eterno enemigo de su gente, de su religión y de su imperio. Por un decreto del destino implacable, los dos Sultanes de Granada, hijo y padre, quienes pisoteando las leyes de la naturaleza, se aborrecían á muerte, lejos de amarse con recíproco amor, veíanse castigados en sus sendos primogénitos, los cuales aparecían heridos á una por irreparables desgracias, como el deshonor y el cautiverio. Escena luctuosa, en verdad, aquella: un rey, destronado y devuelto á su trono por obra y gracia de los más implacables enemigos; una libertad, amargada con la ponzoñosa levadura del propio rebajamiento; un hijo arrebatado á sus padres y puesto en los palacios cristianos como caución de pacto suscrito para perder y arruinar por siempre á la inmortal Granada. Comprendemos que Boabdil, cogiendo entre sus brazos al hijo de sus entrañas, llevándosele á un lado con la venia de los caballeros cristianos; y en cuanto la distancia no permitiese oír á estos lo que decía él, hablárle cuitadísimo en estas graves palabras:

— Ven aquí, ven, hijo mío, y deja que tu desdi-

chado padre te bese y te abraze, á ver si puede llevarse consigo en los labios tu alma, como tiene fijo en el corazón tu amor y en la retina tu figura. Me acuerdo aún del día, que á la vida viniste para mi regocijo, y oigo tu lloro que me apena hoy, cuando antes me halagaba como una canción melodiosa los oídos. Entonces, aquel día, cuando tus tiernas carnes parecían próximas á derretirse de suyo al fuego de mis besos; cuando yo te oía llorar, y buscaba en tus párpados cerrados la primera luz de tus ojos para mí, no podía, no, imaginarme, que aquel enviado del cielo á tanta felicidad y á tanta ventura, debía, por el hado adverso de su padre, caer pronto en mísera servidumbre y convertirse de príncipe regio, en cautivo humilde. Yo, saliendo de Granada, marchando temerariamente hacia Loja en competencia con las correrías de tu abuelo, yo solo he labrado mi desgracia y tu cadena. Pero no me culpes á mí, no, hijo mío, todo cuanto nos sucede ahora es obra de un destino implacable, al cual no podemos contrastar con nuestra voluntad particular. Dos nefastísimos astros sobre mi cuna y sobre mi nacimiento se juntaron, según mil veces he oído á mi padre vertiendo en ella los siniestros destellos de una irreparable y eternal desgracia. Así, no he intentado cosa en que no haya visto la mano del destino esgrimir sus armas contra mi corazón. Todos tienen padre amante, hasta los seres inferiores, y yo he tenido por padre un tirano. El cautiverio en los harenos, y la ponzoña del placer que solo ha con-



trastado con su amor tu madre, quitáronme desde los comienzos de mi juventud fuerza para los combates de la vida. Y este desmayo mío se complicó tristemente con las cábalas que formaban los astros en sus alturas contra mi persona, y que venían á decirme sin recato los más célebres astrólogos. Háme pasado á mí, salir en día sereno á la revista de mis tropas, y encontrarme con que las nubes del cielo se me venían encima como bandadas siniestras de aves carniceras, desatando un diluvio en cuyos torrentes corrí peligro de ahogarme y se ahogaron muchos de los míos. Así el pueblo me llamó Zogoibi, que quiere decir, desdichado. Y en efecto, la desdicha me sigue. Mis lanzas se quiebran en los pedruscos de mis propios alcázares. Todos los animales de mal agüero me persiguen. Enrédase la zorra en los pies de mi caballería, y aunque le asesten nubes de flechas y dardos, corre ilesa en demostración de que me ha herido á mí con sus augurios. Y cuando por la noche me cierro en mi tienda de Syria, y pongo mis almohadones de damasco sobre mis alfombras de Persia, rodeándome de todos los sortilegios que conjuran los hados adversos y sirven propicios á las felicidades humanas, como si todo contra mí se volviera, la estrella enemiga, bajo que nací, me contempla con horror desde los altos cielos. Y el buho se burla de mi suerte, mirándome de hito en hito con su mirar amarillento, y reconviniéndome con sus siniestros gritos. Yo, en mis esperanzas, te destinaba un tro-

no y no un cautiverio. Te quería para dirigir á los hombres y no para servirlos. Te consideraba rey con corona, y no esclavo triste bajo la pesadumbre de incontrastable cadena. Y la mujer en quien te hube; y la estancia sellada con las barras de Alhamar en que naciste; y los regocijos, compañeros de tu natalicio; y las gentes puestas á tu merced; y las ofrendas múltiples de reyes y pueblos; y tu sangre, tan gloriosa; y tu estirpe gloriosísima, decían bien á las claras cómo te había engendrado yo en la ventura y para el poder. Ahora te arranco á las estancias de tu palacio mágico, á los obsequios de tus cortesanos fieles, á los brazos de tu madre idolatrada, cambiando tu libertad por la condición durísima del cautivo. Alah debió matarme, antes que constreñirme á tal desgracia. Tendrías razón, hijo mío, si maldijeras á tu padre, que tanto y tan de veras te ama. Pero el hado incontrastable, allá en los cielos, y no mi voluntad y mi albedrío, ha sido la parte principal de tu desgracia. No, no quiero verte; no, no quiero hablarte más. Tomo el camino, que se abre ante mí, para ver si al cabo y término encuentro para ti una corona, aunque no lo creo, pues víctima de la desdicha, y llamándome con razón el desdichado, no me queda más recurso en el mundo sino apurar hasta las heces todas cuantas amarguras constituyen la hiel de mi desgracia. Voime, voime, pues, y no te digo nada, porque me dan tentaciones de rasgar todo lo pactado y adscribirme como cautivo en lugar tuyo. Pero que Alah me con-



dene, si no quisiera dejarte ahora todo mi sér en este beso.

Y besando á su hijo, que lloraba con sollozos amarguísimos, lo apartó de sí con fuerza; y montando con rapidez, devoró el espacio sin volver atrás la vista.

¿Quién es Boabdil? ¿Acaso un fugitivo que huye á uña de caballo la persecución de sus vencedores? ¿Acaso un ladrón, mandando su cuadrilla ó un jefe de asesinos á la cabeza de siniestra banda que debe pronto cometer un crimen, y se recata para no ser visto? Cualquiera de suposiciones tamañas cabría viéndole, sin reconocerle, antes de saber á ciencia cierta la realidad cumplida y verdadera. Podría creérsele un conspirador, un bandido, un criminal, según á todos los ojos esquivaba su persona y á los oídos su nombre, antes que un rey, padre y tutor de su pueblo. Si es de día, busca los caminos más extraviados y los espacios más desiertos. Al topar con cualquier viandante de los frecuentísimos en todas las vías, aun las más recatadas entonces, destaca varios jinetes de su guardia; y los lanza sobre los descuidados y los desapercibidos, á fin de tenerlos apresados y lejos mientras frente á ellos pasa. En las horas de mayor concurrencia, ya la gruta en apartadas colinas abierta, ya la casa recatadísima tras murallas y árboles guarecen su persona y la separan de ojos avizores. Lo que más le complace y gusta es la noche con sus sombras, y en la noche la soledad espantosa como á los mal

hallados con su prójimo y con su sociedad y con su tiempo. Como todo lo espera de la oscuridad y de las tinieblas, cual ave nocturna, corre, ó casi vuela, por la oscuridad y por las sombras. En el silencio sepulcral, solamente se oyen los golpes de las herraduras en los pedruscos y la respiración de los jinetes fatigados á tan vertiginosa carrera. La compañía cristiana presidida por Illán, y encargada previamente de llevarle hasta ciertos lugares de su reino, le abandona; y ni siquiera entonces departe con los moros, que á su lado quedan, temiendo toda pregunta respecto de la siega hecha por la hoz andaluza en las huestes musulmanas el día terrible de Lucena. Marchan, marchan, como seres fantásticos y sobrenaturales, como endriagos y duendes en las mágicas leyendas, requiriendo el regio palacio y esperando ganarlo al amor de las sombras. Por fin llega, tras larguísima caminata, y entra dispuesto á sostener allí bandera de división y de guerra. Su madre y su esposa le aguardaban á una con febril impaciencia. Cuando, al entrar, vió que habían tenido necesidad imprescindible de cambiar las maravillosas estancias de su Alhambra, por las ceñudas paredes y los altos muros de la triste Alcazaba, creyóse más prisionero que rey al término de un viaje con tanta celeridad emprendido para conseguir y recabar de nuevo una corona deshonrada por sus serviles sumisiones, rota en cien fragmentos, dividida entre los magnates de su familia como un despojo de guerra. Boabdil no hubiera conocido



á Moraima: tan trasmutada la veía. Pasaron los tiempos del amor y de la bienandanza, reemplazados por tiempos de acerbidad y de amargura. Los seis meses, que habían corrido tan perezosamente desde la cautividad horrible de Boabdil hasta su regreso en aquella noche siniestra, dejaron huellas tales en la faz de Moraima, que parecía, no solo afligida, sino también vieja y decrepita. En el momento de ver á Boabdil, su esposo, tanta satisfacción, solo fué parte á evocar añejos recuerdos, horas de ventura pasadas, y compararlos por modo indeliberado é inconsciente con las tristezas y las deshonras de tal hora siniestra. Sobre todo, al verlo, al oirlo, dos imágenes se presentaron á la vista de Moraima, que le trajeron lágrimas amargas, la imagen de su hijo cautivo y la imagen de su padre muerto. Así, aquella entrevista, resultó naturalmente un verdadero mar de lágrimas. Lloraba, y á toda llorar, Moraima; lloraba, y á todo llorar, Boabdil. La cuitadísima, con acentos de tórtola triste, recordaba en aquellos instantes á un esposo poco propenso de suyo á los ejercicios guerreros, cómo había ella verdaderamente acertado, contrastando con tanto empeño la expedición aquella sin ventura. Y Boabdil, que abundaba en su propio sentido, atribuía también á la empresa tristísima el cautiverio de su hijo, el fin de su padre, el deshonor de su reino. Solo Aixá parecía como superior á todos los dolores humanos, y dispuesta con disposición resuelta y sistemática, en aquel supremo

trance, á continuar la guerra sin término y sin fin, en que sus ambiciones la empeñaran, llevando como bandera su Boabdil. Así predicaba la fortaleza y sostenía el ánimo de todos con su varonil pujanza.

Bien lo habían menester, porque se acercaban horas terribles. Aún el rey Chico no había puesto los pies en su Alcazaba, cuando ya el rey Viejo lo sabía. Uno y otro recién llegados, éste de sus Alpujarras, aquél de su cautividad, aprestábanse al combate, cual si no tuvieran á su frente un enemigo común, resuelto á devorarlos, y para devorarlos con sobrada fuerza. Zoraya fué la primera en saber el caso del arribo de Boabdil y en acercarse á su esposo, conjurándole á que proclamara reyes á sus hijos en nombre de su amor. Hacem se levantó á la noticia, por más que ya le marraba la vista, devorada por el incendio de su dolor, cual si aun fuera joven, y corriese á tomar la fortísima Zahara ó el castillo de Martos y á talar los campos de Algeciras y las cercanías de Alhama. Pero la pretensión de Zoraya le importunaba cruelmente, por lo mismo que su corazón de padre, y de padre amantísimo, le impulsaba con esfuerzo á lograrla sin encontrar medio alguno en lo humano. El día se avecinaba; y en vez de luz y vida estaba destinado á traer sombras y muertes. ¿Quién si alguna vez ha ido á Granada, no habrá notado el misterioso y poético Albaizin? Cielo bajo, le llaman los granadinos en las noches tranquilas de su estío, porque mirado, ya



del Generalife, ya del Alcázar, con tantas ventanas abiertas y tantas luces encendidas, parece como una lluvia de astros sobre la tierra, como un horizonte cargado de luminarias que se hubiera venido al suelo. Situado allende las riberas del Darro, Sierra Elvira le protege desde lejos, y como que lo esmalta con la reverberación de sus conos volcánicos, cual esmalta el Vesubio á Parthenope. Las colinas del Monte Sacro que lo limitan al Oriente y las llanuras de la Vega ó los boquetes de su entrada que lo limitan al Occidente, danle como hermosísimo deslumbrador marco de pinares, de palmas, de granados, de cármenes, de pensiles, donde lucen todos los esplendores de aquella luz y todas las galas de aquel suelo. Merecen verse los muros terrosos y rosados; los hogares musulmicos; las cisternas de Oriente; los patios con sus galerías fantásticas y sus surtidores brillantísimos; las torres ceñudas; los minaretes aéreos del rezador muhedano; los miradores, celosías y ajimeces, cortados aquí, allá por orientales florestas donde se combinan los mirtos con las adelfas y los candelabros airosos del áloe con las erizadas espinas del nopal. En aquel tiempo, conteníalo un cercado de muros, el cual estaba dividido, de trecho en trecho, por un ejército de torres que se dilataban desde la puerta conocida con el nombre de Monaica, hasta los extremos orientales de la colosal Alhambra. Pues bien, las torres de tal fortaleza y las torres del palacio regio, parecían, en aquel momento, dos ejércitos próxi-

mos á llegar á las manos, puesto que la luz del alba vino para mostrar los unos coronados por los partidarios de Boabdil y coronados los otros por los partidarios de Hacem. Éste, mandaba heraldos á sus aristócratas para concitarles á la guerra; y aquél repartía dinero entre las muchedumbres para concitarlas también á la resistencia. Granada parecía una ciudad furiosa, llena de verdaderos dementes. Los tambores, en tanto número eran, y con tal estruendo sonaban, que parecían como el trueno en las grandes tempestades. Los clarines, más que instrumentos de guerra, se asemejaban, según su estridor, á terribles apelaciones y gritos de los ángeles condenados y protervos, para que les siguieran los mortales al infierno. Vociferaban unas contra otras las muchedumbres; y llegaban á las manos hasta rendirse y exterminarse. Enrojeciéronse á una las piedras de sus calles; y en las plazas, y en las azoteas, amontonáronse los cadáveres á guisa de montones de estiércol en los campos. Por Boabdil estaban las muchedumbres sin armas, cuyas muchedumbres no sabían pelear, cual peleaban los atezados y aguerridos milites de Hacem, pero sabían morir; y morían cual moscas. El vigor de la disciplina dió súbita cuenta de las muchedumbres; y la causa de Boabdil tuvo más resignados mártires que verdaderos héroes. El asedio asfixiaba ya en términos á éste, que recogiendo su familia, Moraima resignadísima, pero Aixá furiosa contra tal debilidad, huyó á uña de caballo y se refugió en Almería.